

niños y los infantes, que sabiendo apenas hablar claro, saben ya jurar y perjurar, porque lo aprendieron de sus padres. Mucho es de temer á la verdad que tengan compañeros en la pena, á los que tuvieron maestros del error. Antiguamente en la ley nadie osaba tomar en su boca el nombre de Dios de cuatro letras, sino el sumo sacerdote, y esto en el templo, y en día solemne, y revestido de las vestiduras sagradas; y ahora no se avergüenzan aun los niños y niñas hollar y enseñar frecuentemente este nombre venerable, por el cual vino la salud al mundo; San Francisco antes de su muerte hizo testamento, en el cual dejó á sus hijos ciertos preceptos familiares que habian de observar, entre los cuales se cuenta éste principalmente. En cualesquiera parte que se encuentren los santísimos nombres de Dios, quiere que se cojan y se coloquen en un lugar honesto. ¡Ved, os ruego, qué cuidado solicitaba á la hora de su muerte el pecho de este varón santísimo! Porque, olvidado en cierto modo de sí, estaba solícito de la reverencia que se había de dar á este sagrado nombre. Mas nosotros, miserables, ninguna otra cosa cuidamos menos, acaso porque todavía no hemos percibido aquella salud, que vino y se trajo al mundo por este nombre. Ruégoos, hermanos, respecto de que hoy es el día primero de este año, y día festivo de este sagrado nombre, que por reverencia suya cada uno proponga en su interior firmemente el ahuyentar muy lejos de sí, de sus hijos y demás familia esta injuria del divino nombre; y de él en adelante usemos como un socorro común y general para todas nuestras miserias, y no para confirmación de nuestras mentiras. El modo cómo hemos de invocar este nombre nos lo enseña San Agustín con su ejemplo, en estas palabras: ¿Qué es Jesús, sino Salvador? Luego por tí mismo sedme Jesús. No quieras, Señor, no quieras atender el mal mío, de modo que te olvides del bien tuyo. Oh buen Señor, aunque yo he cometido culpas, por las que me podéis condenar, tú no las perdido por eso por donde puedes y sueles salvar. Así, pues, sucederá que valiéndonos religiosamente del socorro de este nombre, no para abuso de jurar, sino de pedir auxilio, mereceremos finalmente conseguir por él la salud eterna y la gloria de la inmortalidad.

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

In nomine Jesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum.

Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

(S. PABLO Á LOS FILIP., c. 2, v. 10.)

¡Con cuánta energía expresan las sagradas páginas, y en especial los libros proféticos, las excelencias y grandezas del santo y adorable nombre de Dios! *Adonái, Jehová, Sabaoth*: ¡qué nombres tan magníficos! ¡qué nombres tan respetables! ¡qué nombres tan terribles! Parece oír todavía el eco formidable del Señor, cuando dirigiéndose á Moisés, caudillo y conductor del pueblo escogido, le decía: *Yo soy el que soy; vé, pues, y di á los hijos de Israel, que el que es por esencia, te envía á ellos (1); yo soy el Dios que apareció á Abraham, Isaac y Jacob, y que aún no les he manifestado mi nombre terrible de Adonái (2).*

Pero estos nombres tan sublimes y otros muchos que se hallan esparcidos en el antiguo Testamento, sólo parece estaban destinados á dar á los hombres una idea del poder, de la magnificencia, del furor y de la justicia de un Dios irritado por los crímenes, con que toda la tierra se hallaba contaminada. Todavía no se había manifestado sino un *Dios de venganza*, como le llama el Profeta rey, un Dios celoso que castigaba con mano fuerte los delitos de los padres en sus hijos hasta la cuarta y quinta generación. No había llegado aún la plenitud de los tiempos, en que el Eterno había de enviar á su Unigénito hecho hombre, para librar á los hombres de la ley de esclavitud, en que habian incurrido por la culpa. Por eso al aproximarse este día venturoso, en que el Verbo ó la Palabra eterna debía aparecer sobre el hemisferio como un Dios de amor y de indulgencia, ya los profetas se apresuraron á pintar al Deseado de las naciones con los nombres más ilustres, y que bosquejaban, aunque imperfectamente, la misión sublime

(1) *Ecod.* c. 3, v. 14. (2) *Ecod.* c. 5, v. 3.

que le confiará su eterno Padre. *Se le dará, dice Isaias (1), el nombre de Admirable, de Consejero del Altísimo, Dios fuerte, Padre del siglo venidero, Príncipe de la paz.* ¿Podrán concebirse nombres más gloriosos? *St.*, dice el padre San Bernardo: *hay un nombre que incluye en sí todos esos nombres, y que es mucho mayor que todos ellos.*

¿Y cuál es este nombre augusto? ¡Ah, católicos! no oséis pronunciarlo sin haber antes doblado vuestras cervices, sin estar poseídos de antemano de los sentimientos del más profundo respeto. ¿Y osará proferirlo mi lengua? ¡Ángel del cielo, emisario divino cerca de la corte del supremo Rey, tú que fuiste el enviado a los hombres para anunciarles aquel nombre, en que estaban vinculadas las esperanzas de todo el género humano, préstame tus auxilios! ¡*Jesús!* he aquí el nombre incomparable con que el mismo Eterno quiso fuese honrado su unigénito Hijo; y el que el parainfio celestial indicó al afligido José, cuando, ocupado éste de los más tristes pensamientos acerca de su virginal esposa, le apareció y le dijo: lanza el temor, ahuyenta las sospechas que oprimen tu corazón; *tu esposa dará á luz un hijo, á quien darás el nombre de Jesús, porque él es el que ha de salvar á su pueblo del cautiverio de la culpa (2).* Luego este nombre es un nombre de salvación, nombre de paz, nombre de clemencia, nombre que á ningún otro pudo convenir sino al eterno Verbo, puesto que él solo pudo llenar debidamente su significado y sostener su dignidad.

Y á la verdad, que un Josué fuese llamado Jesús, porque combatiendo al frente de soldados aguerridos, había de exterminar á los enemigos del pueblo de Dios, y establecer á éste en el patrimonio de sus mayores, poniéndole en posesión de la tierra prometida; que este nombre fuese dado al hijo de Josedece, porque había de romper las duras cadenas con que yacía ahorrado el pueblo judío en la ominosa cautividad de Babilonia; todos éstos, como ratiocina admirablemente el gran Tertuliano, no eran sino figuras destinadas á representar al verdadero Jesús; no eran sino imágenes de redención que alentaban y sostenían las esperanzas de los mortales, hasta que llegase el positivo y verdadero Redentor del género humano; y éste no era otro sino Jesús, hijo de María, á quien estaba reservado el despedazar el yugo del pecado, bajo el cual gemía el universo desde la prevaricación de su primer padre, exterminar el imperio del enemigo común de los hombres, y franquear á éstos las puertas del cielo, reintegrándolos en el goce de los derechos á la bienaventuranza que perdieron en el paraíso.

(1) *Isai.* c. 9, v. 6. (2) *Matti.* c. 1, v. 21.

No os admiréis ya, señores, si este nombre, á todas luces grande y magnífico, pudo formar las delicias de los hombres muchos millares de años antes que apareciese sobre el hemisferio el que con él debía ser condecorado en la plenitud de los tiempos. ¿Qué maravilla, pues, que el profeta Habacuc, atravesando las distancias inmensas de los siglos, se llenase de júbilo y rebosase de gozo al saber que el Verbo encarnado había de llamarse Jesús, pues que sabía bien que á él solo estaba reservada aquella obra grande, que él llamó por excelencia *el negocio de Dios*, y que debía realizarse en medio de los años? ¡Ah! que el Dios de las justicias (exclamaba) ostente todo el poder de su diestra en castigar al fementido Israel; que haga conmovier los fundamentos del orbe; que cubra la superficie del globo de la más espantosa infecundidad; que sus rayos vengadores llenen de terror á todas las naciones; yo siempre me alegraré en mi Dios y Señor, y me llenaré de júbilo en Jesús mi Salvador: *Ego autem in Domino gaudebo et exultabo in Deo Jesu meo (1).*

Así habló este santo profeta; ¿y qué podremos y deberemos decir nosotros de este nombre excelso? Digámoslo de una vez con San Pablo, repitiendo llenos de confianza, que el nombre de Jesús es un nombre superior á todo nombre, ante quien todos encorvan la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos: *in nomine Jesu omne genu flectatur celestium, terrestrium et infernorum.* Sin salir, pues, de estas palabras del Apóstol, voy á decirnos que el dulce nombre de Jesús forma las delicias del cielo, las esperanzas de la tierra y la confusión del infierno. Una sola y breve reflexión incluirá estos tres puntos, que os facilitarán el asunto de profundas meditaciones. Ayudadme á implorar los auxilios del Eterno por la mediación de la Virgen, saludándola con el ángel. *Ave María.*

No me detendré, señores, en probar que el nombre dulcísimo y adorable de Jesús forma las delicias del cielo. Para persuadirnos de esta verdad, hasta que nos traslademos con el discípulo amado á la isla de Patmos, á presenciar aquella maravillosa visión que le fué manifestada, y que él refiere en los capítulos cuarto y quinto del *Apocalipsis*. Rásganse repentinamente las azuladas bóvedas del cielo; una voz semejante al eco de una trompeta resuena en todos los ámbitos de aquel sagrado recinto; y de repente he aquí un magnífico trono ocupado por un personaje, cuyo aspecto radiante asemejaba al jaspe y á las piedras preciosas de Sardia. Un iris de color de esme-

(1) *Habac.* c. 3, v. 18.

ralda sirve de escabel á este trono majestuoso; en su rededor aparecen veinticuatro ancianos adornados de vestiduras, cuya candidez ofusca á la misma nieve, y ceñidas sus sienes de coronas de oro purísimo. Multitud prodigiosa de relámpagos salen del trono, y sus brillantes luces vienen á confundirse con los resplandores de los siete espíritus celestes que asisten en su presencia. La numerosa turba de ángeles que componen su corte, forman con el esplendor de su brillantez un mar transparente semejante á los más nítidos cristales. Animales misteriosos cubren con sus alas el solio y no cesan de repetir: santo, santo, santo, el Señor Dios omnipotente, el que era, el que es y el que ha de venir. En esto aparece á la diestra del que estaba sentado en el trono, un libro cerrado con siete sellos. Un ángel clama á grandes voces: ¿quién es digno de abrir el libro y de desatar sus siete sellos? Y ninguno podía ejecutarlo ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra. Cuando he aquí que un venerable anciano exclama de repente: ¡venció el león de la tribu de Judá, la raíz de David, que abrirá el libro y desatará sus siete sellos! En efecto, un cordero se deja ver en medio del trono; toma el libro, lo abre, y á su vista precipítanse y caen prosternados delante del cordero los cuatro animales y los veinticuatro ancianos. La suavidad de los más exquisitos perfumes inunda el cielo; el melodioso acento de las harpas infunde un respetuoso silencio, y oyense por todas partes los cánticos armoniosos que repiten sin cesar: digno eres, Señor, de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste sacrificado y nos has redimido con tu sangre, y adquiriéndonos el reino celestial. A estos acentos respondían millares de millares de ángeles, de ancianos y de animales que decían en alta voz: digno es el cordero de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y bendición; y en el cielo, y en la tierra y en el mar no se oía sino gloria, honor, bendición y poder al cordero por los siglos de los siglos.

¿Dónde estoy, mi Dios? ¡Ah! fuerza es, católicos, despertar de este éxtasis maravilloso á que os he conducido, y preguntaros lleno de admiración: ¿qué habéis visto en este prodigioso rapto? ¿Cuál es ese libro misterioso que sólo es dado abrir al cordero, y quién ese cordero á quien se prodigan en el cielo tantos loores, y que llena de entusiasmo á toda la corte del Empireo? ¡Oh! no es posible lo ignoreis! Jesús, he ahí el cordero de Dios, el cordero sin mancha, que sólo pudo realizar por sí mismo los arcanos inefables del Eterno, encerrados en el libro de su infinita sabiduría; el solo fue quien, sacrificándose y haciéndose víctima de propiciación por todo el género

humano, fué capaz de franquear á los hombres las puertas del cielo, que el pecado del primer hombre les habia cerrado para siempre; el fué en suma el único que pudo manifestar, abriendo el libro de la vida, aquel nombre que estaba escrito en el principio de sus páginas, según la frase de un profeta, que es el nombre de aquel á quien el Apóstol llama *cabeza de los predestinados*; nombre excelso, nombre grande, nombre divino, nombre dado por el Eterno en herencia á su unigénito Hijo; nombre al que se dirigen aquellos suaves cánticos que poco ha tenían suspensa vuestra alma y absortos vuestros sentidos; nombre... ya lo dije, que forma las delicias del cielo. ¿Qué extraño, pues, que él forme también las esperanzas de toda la tierra?

Dulce es al arriesgado navegante, que ha perdido el rumbo y se mira hecho triste juguete de las encrespadas olas, viendo abiertos á su vista los abismos en que va á ser sumergido, llegar á percibir al través de un negro horizonte la tierra, que puede salvarle de una horrorosa é inevitable muerte. Dulce es al medroso caminante, que en medio de una lóbrega noche se halla descarriado en lo más espeso de un bosque, cuando á la repentina luz del relámpago descubre la senda que ha perdido y le conduce á su hogar deseado. Dulce es al anciano y afligido padre que, ausente del hijo único que formaba sus más puras delicias, llora sin cesar la pérdida de su cara prenda, llegar á recobrarle de repente al cabo de muchos años, hallándose, cuando menos lo esperaba, estrechado entre sus tiernos brazos. Dulce es al misero cautivo, que desde su más tierna edad ha gemido en una hedionda mazmorra, donde está ya próximo á exhalar su último suspiro, sentir que se abren las puertas, y tocar la mano del hombre benéfico que sacándole de aquel sepulcro, le hace ver la luz, le alienta, le conforta y le conduce al seno de su cara patria. Y cuán dulce es para este miserable, cuando sus plantas llegan á pisar los umbrales de la casa do moran los que le dieron el ser, y que escuálido el semblante, arrasadas de agua sus mejillas y apoyada sobre un báculo su frágil existencia, ve aparecer á su tierna madre que desfallece á su vista, que... No puedo proseguir, señores, trazando un cuadro tan tierno y sensible. Pues ved, mucho más dulce, mucho más tierno, incomparablemente más suave que todo esto, es para el hombre la idea del dulce nombre de Jesús. Dulce por los recuerdos que le reproduce, dulce por los consuelos indecibles que le causa, dulce, en fin, por las utilidades que le proporciona.

Recuerdos tiernos dije. Yo me traslado al paraíso, y allí á mi pesar presencia la escena más amarga; allí oigo la sentencia que me proscribte y condena á la más horrorosa esclavitud; allí me veo des-

pojado de los derechos á la herencia de mi padre celestial: la ignorancia, el error, la muerte, forman mi patrimonio; errante, fugitivo, anatematizado, sin consuelo, sin paz, sin esperanza, á do quiera que tiendo la vista, no hallo sino la espada amenazadora del Dios de Sabaot, que vibra sus rayos vengadores. En vano mis ojos se elevan hacia el cielo: ¡triste de mí! me digo, ¡ya no es allí mi patria! y las lágrimas son mi único alimento en esta región del dolor. Abismado en estas amargas reflexiones, una dulce voz hiere mis oídos: *Jesús!* y al eco de este nombre, la esperanza se derrama por mis venas, una alegría inefable sucede al más profundo dolor, las celestiales bóvedas se ostentan risueñas á mi antes turbada vista, y veo descender al Unigénito del Padre, á la Palabra eterna, al Verbo humanado, que me habla y con voz placentera me dice: despidete del dolor; yo he vencido al mundo, y mis penalidades, y mis fatigas, y mis trabajos, y mi muerte afrentosa, y mi sangre que por tí he derramado, son una garantía segura de tu eterna salvación. Yo soy la llave de David, que te abri y franqué las puertas de aquel reino, de que habías sido desheredado por la culpa; yo soy de hoy más tu padre, tu abogado, tu defensor, tu salvador, título que adquirí con el nombre inefable con que mi padre me honró en tiempo; porque á mi solo fué dado el salvar á los hombres del cautiverio del pecado. Todo esto me recuerda el dulce y adorable nombre de Jesús; y de aquí ¡qué consuelos tan inefables recibe el alma de quien lo pronuncia! Ah! «El es, dice el padre San Bernardo, semejante al nombre del Esposo de los cánticos; esto es, un aceite derramado que hace correr la suavidad y la unción en los corazones; él es para la lengua que lo pronuncia, la miel más exquisita; para el oído que lo escucha, la melodía más armoniosa; para el corazón que lo ama, la más pura y la más inocente alegría. El es la luz, el alimento, la medicina de los mortales. En los días tenebrosos, en los momentos de amargura, en las grandes aflicciones, ¿á dónde colocará el hombre sus esperanzas? ¿A quién invocará? No lo dudéis, prosigue el santo doctor; en estos instantes de crisis y de peligro, pase de vuestro corazón á la boca el amable y dulcísimo nombre de Jesús, y en el momento, días serenos de paz y de bonanza sucederán á los más atribulados y tristes.» Pero nada mejor podrá deponer en favor de estas verdades que los beneficios que en todos tiempos ha proporcionado y proporciona la invocación de este dulce nombre.

No os presentaré á la vista los nombres ruidosos y célebres de aquellos que en diferentes siglos hicieron enmudecer al orbe con la rapidez de sus conquistas, con la celebridad de sus hechos heroicos.

No repetiré los nombres pomposos de los Antiochos, de los Ciro, de los Alejandros, de los Filipo, de los Césares, de los... no: su ominosa memoria, que un día arrancó los aplausos de la antigüedad fanática, ya no ofrece á los ojos de la humanidad ilustrada por el cristianismo sino escenas de horror, de sangre, de exterminio. Insultaron al cielo en su orgullosa arrogancia, cayeron, y en su horrorosa caída no se encontraron sino con una cruel desesperación, que acompañada del odio público, precipitó sus hediondos cadáveres en el sepulcro, transmitiendo á los siglos venideros sus nombres cubiertos de infamia.

Abriré, pues, los monumentos preciosos de la historia, y contaré las glorias de aquel nombre adorable, cuyas grandezas han hecho eco en todos los ángulos del globo, y que en todas partes ha dejado impresos vestigios indelebles de su beneficencia. No hablemos ya de aquel hombre baldado que yace en el pórtico de Jerusalén, y que al nombre poderoso de *Jesús* recobra el movimiento de sus miembros, y entra gozoso en el templo á expresar su gratitud al Autor de prodigio tan insólito. No hagamos mención de las maravillas de toda especie, que se obran por los discípulos de Jesús con sólo pronunciar su nombre adorable. Todos sabemos que el Salvador les había prometido como un carácter distintivo, la potestad de suspender el curso natural de las leyes del universo con sola la invocación de este nombre, en cuya virtud los enfermos recobraban la salud, los venenos perdían su nociva actividad, las serpientes deponían sus ponzoñosos influjos y los malos espíritus eran lanzados de los cuerpos. Pasemos á los siglos posteriores, y preguntemos á aquel joven que, habiendo bebido la ponzoña de una letal filosofía que le condujo á un estado funesto de desesperación, estaba ya armado del instrumento que iba á poner término á una vida llena de cruces inquietudes, para dar principio á otra de eternos tormentos; preguntémosle á quién es deudor de la vida que disfruta, de la paz que se deja ver en su rostro, y de la esperanza que le anima; y os dira, que el nombre dulcísimo de *Jesús* que ocurrió á su memoria en el instante fatal, cuya invocación hizo renacer en él la confianza, y con la confianza el arrepentimiento, y con éste la calma de su corazón. Preguntad á aquel otro, que arrastrando una cruel é intolerable existencia, en lo más profundo de un hediondo y lóbrego calabozo, agobiado con el peso de duras cadenas, exhausto y cadavérico, gemía sin consuelo victima de una injusticia atroz, sin que los gritos de la justicia, ni los lamentos de una esposa inconsolable, ni la orfandad y miseria de sus tiernos hijos pudieran doblegar el corazón de unos jueces venales é inhumanos; preguntad-

le, repito, ¿quién rompió sus hierros, quién hizo triunfar su inocencia, quién le restituyó al seno de su familia, quién le arancó en suma de una muerte infeliz é inevitable? Y veréis que sus párpados se humedecen, su lengua se traba, su corazón se oprime, y con voz débil y casi imperceptible os dice lleno de gratitud, que el dulce nombre de *Jesús*, invocado con fervor y fe sincera, fué quien le salvó de la opresión, enjugó su llanto y le restituyó la libertad. Preguntad... ¿mas para qué cansarnos? Consultad aquella propensión tan natural al hombre de invocar el nombre del Señor en sus mayores infortunios; sentimiento que siendo como innato aun en el centro de la gentilidad, dió motivo á un Tertuliano para que lo llamase *testimonio del alma naturalmente cristiana*; consultad, repito, esa propensión inherente al cristiano, y que forma como su carácter distintivo. Advertid bien á quién invoca en sus adicciones, á quién llama en sus dudas, á quién busca en sus angustias. ¡Ah! ¿no lo oís á cada instante? ¡*Jesús!* he aquí el nombre que su lengua pronuncia, tal vez sin advertirlo, porque no halla el alma otro suspiro que más simpatice con su natural tendencia al cielo. *Jesús!* exclama el afligido en sus más tristes momentos; *Jesús*, grita el indigente en su más extrema necesidad; *Jesús*, clama el navegante en medio de un mar enfurecido, presto á ser víctima de sus encrespadas olas; á *Jesús* llama el enfermo desde el lecho de su dolor; á *Jesús* el perseguido en sus más terribles conflictos; á *Jesús* el misero cautivo desde lo más profundo de la obscura mazmorra; *Jesús*, dice una y mil veces el desgraciado padre, rodeado de una numerosa familia que ve perecer víctima del hambre más cruel; *Jesús*, repite el eco que, en el silencio de la triste noche, sale del rincón de un pobre y desmantelado albergue, en que yace una madre expirante abrazada con el tierno objeto de su cariño; *Jesús*, repiten todos; y á esta voz poderosa enjénganse las lágrimas, renace la esperanza, ahuyéntase el temor, rómpense las cadenas, recobrase la salud, la mendicidad se ve socorrida, los odios cesan, el corazón se calma, abrense las cárceles y el hombre vuelve á disfrutar de la amada libertad.

¿Lo dudareis, católicos? Mas no; estas verdades, consignadas en todos los ámbitos del orbe con los caracteres de la más luminosa autenticidad, sólo pueden ser contestadas por esa raza de hombres (si tal dictado merecen), que gloriándose de un imbécil escepticismo, hacen profesión de cerrar los ojos á toda luz y de negar sin criterio, cuantas verdades no estén en armonía con sus principios desorganizadores. ¡Vano proyecto por cierto! la verdadera y sólida ciencia ha manifestado ya con toda claridad lo ridículo de sus teorías, y con la

antorcha de la historia en la mano hecho ver á todos los pueblos las glorias del dulcísimo nombre de *Jesús*.

Concluuyamos ya manifestando cuán terrible es este nombre glorioso para las potestades del averno. Si volvemos nuestra vista hacia los primeros días del cristianismo, y contemplamos las rápidas conquistas y los agigantados triunfos que Satanás había reportado sobre el universo en los cuarenta siglos que precedieron á la venida del Mesías, podremos tal vez apreciar en su justo valor la victoria singular que el nombre augusto y terrible de *Jesús* consiguió del furor de este enemigo común de los mortales. Señoreábase en efecto como soberano hasta en los más remotos confines del orbe; había subyugado los pueblos, y en el exceso de su soberbia, llegó á conseguir que se le tributasen honores y sacrificios como á una divinidad. Consagráronsele templos, dedicáronsele altares, sacrificáronsele víctimas, quemáronsele incienso; en una palabra, él era el objeto de las adoraciones de toda la tierra, según el sentir del Profeta rey: *Omnes ñi gentium demonia* (1). Pero llegado era el tiempo en que su imperio debía sucumbir, y desaparecer su poder tiránico. *Jesús* aparece entre nosotros, y á la vista de esta luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, las densas tinieblas del error y de la ignorancia se disipan, la verdad aparece en todo su esplendor, *Jesús* triunfa, en una palabra, y los ídolos son despedazados, y sus templos reducidos á cenizas, desaparecen las prácticas del paganismo, el infierno tiembla, y Satanás, confuso y avergonzado, se ve ignominiosamente aherrado al carro victorioso de *Jesús*. ¿Y no tendremos razón, católicos, para exclamar con la misma confianza del Profeta rey, que el infierno se ponga en armas contra nosotros, que agote cuantos recursos pueda inspirarle su furor, *nosotros, Señor, nada temeremos, pues con vuestro dulce nombre, nos burlaremos de sus asechanzas* (2). Pero hay momentos en que este poder del nombre dulcísimo de *Jesús* se hace tan ostensible, que no puede dejar la menor duda, antes debe por el contrario inspirarnos la más sólida confianza; hablo de la hora terrible de la muerte. No me detendré en haceros una pintura de la horribilidad de aquellos últimos momentos: yo me acerco al lecho del hombre expirante, y le veo luchar con la eternidad; pálido, yerto, insensible, mira con languidez en su rededor, fija sus ojos ya eclipsados en alguno de los objetos que se le presentan, los vuelve á cerrar, busca, quiere hablar, su lengua se traba... ¡qué horror! Entre tanto el enemigo común de los mortales circuye solícito en torno del moribundo,

(1) *Psalm.* 96, v. 5. (2) *Psalm.* 43, v. 6.

por ver si puede hacerle víctima de su rabia; presenta á su imagen la gravedad de las culpas pasadas, la incertidumbre del porvenir, la rectitud de un juez inexorable; nada omite para sumergirle en el abismo de la desconfianza. Paréceme oír al moribundo exclamar con voz enronquecida, cual otro David (1): *Me han circundado los dolores de la muerte, asaltado me han los peligros del infierno; y no hay quien me ayude? ¿no hay quien en estos tristes momentos derrame sobre mi corazón una gota de bálsamo consolador? Non est qui adjuvet.*

Mas en este instante el amigo de la humanidad, el ministro de Jesucristo se acercará á su lecho, y pronunciando á sus oídos el nombre dulcísimo de Jesús, la esperanza lucirá en su pecho: Jesús te acompañe, Jesús te reciba, Jesús sea tu recompensa, proseguirá el sagrado ministro; Jesús, dirá mil veces la desconsolada esposa, los hijos amorosos, los amigos anegados en amargo llanto; Jesús, repetirán los ámbitos de aquel lúgubre recinto; Jesús, exclamará en su corazón el moribundo; y á este nombre de dulzura, de paz y de salvación, no lo dudéis, el infierno quedará inerte, sus designios serán sin resultado, el Salvador no será insensible al alma que le invoca: aparecerá cual luminosa aurora, ahuyentando las diabólicas sugestiones, le tenderá sus amorosos brazos, le protegerá, le defenderá, le salvará; y de este modo se verificará que este dulce y adorable nombre no sólo forma las delicias del cielo, si que también colma las esperanzas de la tierra y llena de confusión al infierno: *In nomine Jesu omne genuflectatur caelestium, terrestrium et infernorum.*

Regocijese por tanto el pueblo cristiano, llénese de júbilo la Iglesia santa, y que todos los ámbitos de este sagrado recinto repitan el eco de las alabanzas de este dulce nombre. El judaísmo tiembla y se avergüenza, viendo á su pesar que este nombre adorable, escrito sobre la eminencia del Gólgota á la extremidad del patibulo, que él miró como un monumento de ignominia, y nosotros reverenciamos como el monumento de nuestra libertad, recibe hoy las adoraciones de todo el universo. Los pueblos se alegran, los templos se ven inundados de un numeroso concurso, las sagradas bóvedas repiten melodiosos himnos, dedicados á glorificar este santo y dulce nombre, y las criaturas todas lo adoptan como el simbolo de su salvación. Repetid sin cesar, amados oyentes míos, este dulce nombre, pero sea, llenos del más profundo respeto; invocadle á cada hora, á cada momento, en todo lugar, en toda ocasión, en vuestras adiciones, en vuestras dudas, en todos vuestros apuros acudid al nombre dulcísimo

(1) *Psaln.* 17, v. 5 et 6, et *Psaln.* 21, v. 12.

de Jesús, pues, como dice San Agustín, el solo es capaz de llenar todas vuestras necesidades. «Si teméis la muerte, él es la vida; si suspiráis por el cielo, él es el camino; si os sentís devorados por la fiebre ardiente, él es la salud. ¿Necesitáis alimento? él es el verdadero manjar: ¿estáis agobiados del trabajo? él es el reposo: ¿tenéis que sostener grandes combates? él es vuestra corona; él es en suma el que formando en esta vida vuestra verdadera y sólida felicidad, os servirá de recompensa en la bienaventuranza de la gloria.

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

Humillavit semetipsum factus obediens usque ad mortem... Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen, quod est super omne nomen, ut in nomine Jesu omnia genera flectatur.

Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte... Por lo cual Dios también lo ensalzó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla.

(S. PABLO Á LOS FILIP. c. 2, v. 8, 9 y 10.)

¡Con qué satisfacción no vengo á hablaros hoy desde esta augusta cátedra! Todo cuanto se presenta á mis ojos y á mi espíritu, me infunde la más sólida confianza. Si atiendo á mis oyentes, veo un pueblo numeroso y fiel, postrado á los pies de los altares, para dar honor y gloria á Jesucristo; y si vuelvo los ojos á lo que es hoy el digno objeto de sus cultos, veo un augusto nombre superior á todo nombre, sin cuya virtud nadie puede salvarse, y en cuya presencia se postran los cielos, la tierra y los abismos; hablo del adorable nombre del salvador único de las almas, Jesucristo, verdadero Dios y hombre, nuestro redentor.

Mucho desearía poderos hablar con extensión de todos los augustos nombres que á este Deseado de las gentes atribuyen las santas

Escrituras; pero como la materia es tan extensa, no puede cómodamente reducirse á los estrechos límites de un discurso. No hablo, pues, de sus gloriosos títulos de Omnipotente, Infinito, Eterno, Inmenso, que convienen á este Verbo humanado, en cuanto Dios. Tampoco vengo á hablarlos de aquellos nombres metafóricos, que le atribuyen las Escrituras: Cordero, por ejemplo, León de Judá, Piedra angular, Vid, y otros semejantes, que caracterizan sus acciones. Limitome por esta vez á tratar del nombre propio y esencial del Hombre-Dios, es decir, del nombre de Jesús, que se interpreta Salvador, haciéndonos ver que es el más digno de vuestras adoraciones; primero, por su excelencia; segundo, por su virtud, y tercero por su piedad; tres breves reflexiones que encierran su verdadero elogio, objeto de vuestras atenciones y de mis endebles propósitos. Ayúdame todos á pedir la gracia, postrándonos con sumisión y rendimiento ante el augusto trono de Jesús sacramentado. Para conseguirla imploremos la protección de su Madre, saludándola con el ángel. *Ave María.*

Por poco que paremos nuestra consideración en el augusto nombre de Jesús, propio y peculiar del Verbo humanado, hallamos un nombre proclamado por el ángel antes de ser concebido en el vientre virginal de su Madre, según el Evangelio, y permanente antes que el sol, como David se explica. ¿Quién no inferirá de este principio su mayor sublimidad y excelencia?

En efecto, si examinamos todo el antiguo Testamento, sus leyes, sus ceremonias, sus oblationes, sus sacrificios, no son otra cosa que figuras de un Cristo Jesús ó Salvador del género humano. Este inefable nombre incluye todos aquellos que atribuyeron los profetas al Hombre-Dios ó Mesías verdadero. Oid, os ruego, á Isaías (1): *He aquí, dice, una Virgen concebirá y parirá un hijo, y tendrá por nombre Manuel; que se interpreta Dios con nosotros, porque en él nos movemos, vivimos y somos,* según el Apóstol.

¿Osaremos, señores, negar estas atribuciones á Jesús? ¿No confesamos como católicos, que está con nosotros como Verbo del Padre, que tomó nuestra humanidad en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo, para ostentar nuestra naturaleza y elevarla á la diestra del Altísimo? ¿No está Jesús con nosotros hasta la consumación de los siglos en el augusto Sacramento de nuestros altares, para consuelo de nuestra peregrinación en este valle de lágrimas; para defensa y escudo inexpugnable contra todos nuestros enemigos visi-

(1) *Isaí. c. 7, v. 14.*

bles é invisibles; para comunicárcenos por alimento, haciéndonos participantes de todo lo que es en sí, á fin de que seamos una cosa consigo mismo, como él lo es con su Padre celestial? ¿No está Jesús con nosotros cuando somos reengendrados en las aguas saludables del sacro bautismo, haciéndonos vivas imágenes suyas por medio de su gracia, templos vivos del Espíritu Santo, hijos adoptivos de Dios y coherederos del reino inmortal con el mismo Jesucristo?

Mas no limitemos nuestra atención al nombre de *Manuel*, igualmente característico del Mesías, que propio y esencial de Jesús. Recorramos sumariamente los demás caracteres del Descado de las gentes. Arrebatado un profeta en éxtasis divino (1), le denomina *Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la Paz;* nombres verdaderamente sublimes, pero contenidos en el de *Jesús.*

En efecto, ¿qué cosa más admirable que este augusto nombre en la conversión del género humano? ¿Qué eras, oh mundo criminal, al tiempo de la venida de Jesús? Una olla encendida con el fuego inextinguible y voraz de la concupiscencia, un caos horroroso de las más espesas tinieblas en materia de religión y de costumbres. El culto del verdadero Dios se hallaba pospuesto á las más viles criaturas, los vicios más vergonzosos eran divinizados, y adorados los animales más inmundos; al demonio mismo se ofrecían sacrificios cruentos de víctimas humanas. ¡Qué horror! qué ignorancia! qué crueldad!

Mas Jesús eleva el glorioso estandarte de su cruz; clama desde ella, y su voz penetrante destronca poderosamente los cedros del Líbano, hace que se estremezcan los montes y atrae á sí todas las naciones. El misterioso Egipto, la Grecia ingeniosa, la Escitia bárbara, la Persia sensual, la India feroz, la soberbia Roma, las gentes todas doblan su alta cerviz al oír el nombre de Jesús, y la cruz, hasta entonces despreciable, adorna bien presto la frente de los más poderosos monarcas.

Este inefable nombre resuena con magnificencia hasta la extremidad de la tierra. ¡Qué mutación tan extraña! Los soberbios se humillan; cesan los sacrificios inhumanos; caen por tierra los ídolos, no con menor impulso que Dagón á presencia del Arca, y sus templos son demolidos ó consagrados al nombre de Jesús, que fué el admirable y verdadero Consejero en toda la grande obra de la conversión del género humano.

¡Qué de máximas de vida eterna no sembró Jesús por todo su Evangelio! Como descendió del cielo por nuestra salud, todo cuanto

(1) *Isaí. c. 9, v. 6.*

dijo y obró sobre la tierra, se dirigió á este fin. Las gracias que nos mueven, que nos incitan, que nos inclinan al bien y nos hacen presentes las promesas de la vida futura, ¿no son otros tantos dones y consejos saludables de nuestro amabilísimo *Jesús*, en cuyo nombre únicamente podemos ser salvos, como dice el apóstol San Pedro? (1).

Mas ¿qué digo? ¿No le confesamos por verdadero Dios y hombre? Dios, por toda la eternidad como su Padre celestial, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo, en unidad de esencia y trinidad de personas. Y hombre en el tiempo, hecho, según San Pablo, semejante á nosotros para que nos compadeciese como á hermanos, é intercediese por nosotros al Altísimo, que siempre le oye por la reverencia que le es debida, y porque desde luego le dió toda potestad en el cielo y en la tierra.

De aquí la irresistible fortaleza del nombre de *Jesús* para ahuyentar los demonios, triunfar de sus astucias, evitar sus lazos y domar las más rebeldes pasiones. ¿Qué no podría yo decirnos aquí de la constancia de los mártires y sufrimiento de los confesores entre los más crueles tormentos! ¿De dónde esta fortaleza? Del dulce nombre de *Jesús*, por quien padecian y á quien de todo corazón invocaban. ¿De dónde la generosa resolución de los apóstoles en la conquista espiritual del universo? Del nombre de *Jesús* que predicaban y de cuyo divino Espíritu estaban llenos. ¿De dónde su dominio sobre las enfermedades y su potestad sobre los demonios? Del nombre de *Jesús*, en cuya virtud curaban y lanzaban los espíritus infernales.

¿Qué más? Este Padre del siglo futuro, que vivió entre nosotros y padeció muerte afrentosa para consumir nuestra redención, resucitándose á sí mismo, se hizo garante de nuestra resurrección á un reino inmortal, que consiste en verle y gozarle eternamente. Este era el fin de la misión de Jesús, anunciado en las Escrituras con los nombres de *Manuel*, *Admirable*, *Consejero*, *Dios fuerte*, *Padre del siglo futuro* y *Príncipe de la paz*; porque reconciliados ya con su Padre celestial por medio de su preciosa sangre, nos abrió las puertas de la mística Jerusalén, este reino eterno de Dios, que no tendrá fin, alteración ni discordia, sino una suma paz, reposo y perpetua tranquilidad, á la cual somos llamados y tenemos un derecho incontestable, por la inmensa caridad del Hombre-Dios, que se humilló por obediencia hasta la muerte, y por eso le fué dado el nombre de *Jesús*, superior á todo nombre, como dice el Apóstol.

El, en efecto, se eleva sobre el de todos los grandes héroes, así

(1) *Act. c. 4, v. 12.*

de este siglo como del futuro, según la expresión de Tertuliano; por él reinan los reyes y administran los poderosos la justicia, pues por derecho inviolable es Rey de reyes y Señor de los que dominan. Pero ¿qué mucho, si es más elevado que los cielos, como afirma San Pablo? Los más poderosos monarcas, los conquistadores más famosos son nada en su presencia; Jesús se eleva sobre todo, sobre los ángeles, arcángeles, serafines, querubines, Tronos, Dominaciones, Potestades, cuya felicidad consiste en cantar incesantemente la gloria y divinidad del Salvador al rededor del solio de Dios. Este fué, según el Apóstol, el precepto que el Señor les impuso, cuando introdujo en el mundo á su Primogénito; conviene á saber, que adorasen á *Jesús* los ángeles como criaturas suyas.

Pero no es esto lo más, sino que el inefable nombre de *Jehová* ó *Dios*, no es superior al de *Jesús*. Formemos el paralelo. *Jehová*, dice un célebre orador, significa *Yo soy el que soy*, para dar á entender que es criador; *Jesús* es criador y salvador; *Jehová*, fuente y origen del ser; *Jesús*, origen de la gracia y de la gloria; *Jehová*, destructor de Faraón; *Jesús*, vencedor del demonio y del infierno; *Jehová*, legislador de los judíos; *Jesús*, de los cristianos; *Jehová*, conductor de los hebreos por el Mar rojo y el Desierto á la tierra de Canaan; *Jesús*, por medio de su sangre, conductor de los fieles al cielo, verdadera tierra de promisión.

Todo conspira á persuadirnos que el nombre de *Jesús* estaba representado en el de *Jehová*, ó por mejor decir, que *Jehová* era enigma del de *Jesús*, y *Jesús* declaración del de *Jehová*. De donde infiere un grave expositor, que el que ofende y blasfema del nombre de *Jesús*, comete mayor pecado que el que injuria el nombre de *Dios*, porque ante el nombre de *Jesús*, propio y esencial del Hombre-Dios, y superior á todo nombre, como dice San Pablo, deben postrarse los cielos, la tierra y los infiernos. Los cielos, esto es, las más sublimes Inteligencias que le sirven de trono y son fieles ministros de sus voluntades; la tierra, es decir, los hombres de todas condiciones y estados, que deben reconocer la soberanía de Jesús y doblarle sumisos la rodilla; los infiernos, quiero decir, los réprobos y ángeles apóstatas, que á pesar de su rebelión y soberbia, creen, estremeciéndose, que Jesús es Hijo de Dios vivo, criador del cielo y de la tierra, y salvador del género humano.

¿Pero qué mucho, si aun las mismas cosas inanimadas é insensibles manifiestan su gloria y reverencian su omnipotencia? El nombre de *Jesús* es loado desde el Oriente al Occidente, según el vaticinio de David, por los reyes de la tierra, por los príncipes y jueces del

universo; los cielos revelan su gloria, y el firmamento anuncia las obras de sus manos. El sol mismo se detuvo un día en su carrera, porque reverenció, dice San Juan Crisóstomo, el nombre de *Jesús* en el de Josué; y si el reloj de Acaz volvió hacia atrás diez líneas, fué para dar muestra y verdadera señal de la venida al mundo del Salvador de las naciones.

¿Pero qué digo? En la lucha de los mártires ¿no vimos muchas veces postrarse rendidas las bestias más feroces al oír pronunciar el nombre de *Jesús*? ¿No vimos disolverse las más horribles máquinas y extinguirse los más voraces elementos? ¿No podré yo concluir de aquí, que el augusto nombre de *Jesús* incluye todos los nombres atribuidos al Mesías, y que es superior á todo nombre, porque todo se postra en su presencia, según la expresión del Apóstol?

Igualmente cierta es su mayor excelencia, atendida su virtud, por medio de la cual nos libró del poder del demonio, sanó nuestras dolencias, y nos suministró los medios de salvarnos. Seguidme atentos. Por el pecado de origen, como la fe nos enseña, perdido el derecho de hijos de Dios y la opción á su reino inmortal, quedamos hijos de ira y esclavos del demonio, adictos á una muerte y á una pena eterna. Pero la inmensa caridad de nuestro Dios se compadeció del linaje humano; arrojó una mirada favorable sobre el hombre su enemigo, y queriéndole redimir de la dura esclavitud de Satanás y del imperio de su muerte eterna, venida la plenitud del tiempo, envió al mundo á su Unigénito, para que fuese el *Jesús* ó Salvador; nombre que le había dado antes de ser concebido en las entrañas virginales de su Madre, para que con su virtud deshiciera el imperio de las tinieblas y reconciliara el cielo con la tierra.

¿Con cuánta anticipación no anunció el Señor la venida misericordiosa de este Deseado de las gentes! En efecto, desde que la astuta serpiente engañó en el paraíso á nuestros primeros padres, le intimó Dios la maldición de andar siempre arrastrando su pecho por el suelo, haciéndole saber que el hijo de una mujer, esto es, Jesús, hijo de María, quebrantaría su cabeza, sin quedarle más arbitrio que poner asechanzas á su calcañar. Este es el augusto personaje que se representaba á Moisés y á los hijos de Israel, cuando cantaban sobre Elim (1): *mi fortaleza y mi alabanza es el Señor, y se ha convertido en mi Salvador. No tendis, ciudades de Judá, dice un profeta; he aquí á vuestro Dios* (2). Escuchad, corazones endurecidos, el *Justo, el Salvador* ó *Jesús está próximo* (3).

(1) *Ecod.* c. 15, v. 2. (2) *Isai.* c. 40, v. 9. (3) *Isai.* c. 61, v. 5.

¿Qué más? Este es el Dios-Hombre, que Isaías y Ezequiel prometen como pastor de Israel; Zacarías como sacerdote y rey; el ángel del Testamento que lleva la salud sobre sus alas, y sol de justicia, según el profeta Malaquías; el que amenaza la ruina de la muerte y del infierno por Oseas; el Dios máximo del Eclesiástico, destinado para salvador de sus escogidos y redentor de todo el mundo. Daniel le vió acercarse al más anciano de días, y recibir de su mano una potencia eterna y un reino inmortal, compuesto de todas las naciones del universo, cuyo soberano imperio reconoce San Pablo, y lleno de admiración exclama: vos, oh mi Dios, habéis puesto bajo sus pies todas las cosas, dándole un nombre superior á todo nombre, y ante quien tiemblan los abismos. Su voz formidable, que conmovió los desiertos de Cades, y destruyó á los fuertes y robustos de Moab, triunfó é hizo enmudecer á todos los oráculos del demonio. Los simulacros del Egipto, su mansión favorita, cayeron por tierra al acercarse á sus confines Jesús, fugitivo de Herodes, conforme al vaticinio de un profeta.

Añadid á estos oráculos la confesión de los mismos espíritus infernales, cuando acercándose Jesús á la región de los gerasenos, le salieron dos endemoniados al encuentro, clamando á grandes voces: *¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, hijo de Dios? ¿Has venido para atormentarnos antes de tiempo?* Sería infinito si quisiera referir por menor todos los gloriosos triunfos conseguidos del demonio en virtud del inefable nombre de Jesús por los héroes de nuestra augusta religión. Consultad las vidas de los Antonios, Macarios, Hilarios y Benitos, y hallaréis muchos testimonios auténticos de esta verdad.

¿Mas ¿para qué me canso? ¿no es éste el nombre único en que podemos obtener la salud de nuestras dolencias, ya sean las corporales, ya las espirituales? Arrojad por un momento la vista sobre las santas Escrituras, y hallaréis curados por la virtud omnipotente de Jesús los leprosos, los tullidos, los lunáticos, los endemoniados, los febricitantes, y resucitados los muertos. La Cananea, los ciegos de Jericó, el paralítico, la hija de Jairo, la suegra de San Pedro, el ciego de nacimiento, el hidrópico de la casa del príncipe de los fariseos, el enfermo de la piscina, el hijo de la viuda de Naim, Lázaro y otros muchos, ¿no son testimonios indubtables de que Jesús no vino á curar sanos, sino enfermos, y á establecer la salud en el universo?

¿Mas no limitemos su virtud á las dolencias del cuerpo. Este médico soberano lo es principalmente de la salud de las almas. El publicano, la Magdalena, la Samaritana y otros grandes pecadores, in-

ficionados del contagio de la culpa, ¿no obtuvieron por la virtud de Jesús la salud espiritual?

¡Feliz Judea, que lograste ser visitada de este médico omnipotente! ¡Oh, si tú universalmente hubieses reconocido esta visita! Mas conoció el buey á su dueño y poseedor, en el tiempo mismo que Israel desconoció á su Dios, según la expresión de un profeta (1). Tú viste á tu maestro, á tu Salvador, á tu Padre al frente de un pueblo fiel que le seguía, ansioso de su doctrina, por las calles, los montes y desiertos, glorificando á Dios que había enviado á Jesús, salud de las naciones.

¿Y terminaron, con la vida, los aciertos de este médico soberano? ¿Se extinguió por su muerte la virtud del nombre de Jesús? ¿Cesó por su crucifixión la salud de su pueblo? ¡Ah, señores! aquí fué donde se estableció con permanencia. La muerte, el infierno y el pecado fueron víctimas de la muerte misma de Jesús; y por ella fué arrojado del mundo y ligado en el abismo el príncipe de las tinieblas su tirano. ¡Si, oh mi buen Jesús! elevado sobre el árbol sacrosanto de la cruz, atrajisteis á vos todas las cosas, según vuestra infalible predicción. Aquí consumasteis el sacrificio cruento por la salud del género humano. Deshecha la sinagoga, suprimido el antiguo sacerdocio, derogada la antigua ley, sus ritos, sus sacrificios y ceremonias, cesaron las figuras á presencia de la realidad, y en nuevos sacramentos, con ceremonias más nobles y gracias más abundantes, nos preparasteis los medios más eficaces de conseguir la salud eterna.

¿Hablo yo por entusiasmo, señores? ¿No salieron místicamente los sacramentos, que son los únicos medios de nuestra salud, del costado de Jesús, que abierto de una lanzada sobre la cruz, arrojó al instante sangre y agua? ¿No fué Jesús autor de los sacramentos, por los cuales nos comunica la fe, la gracia santificante, el augusto carácter de cristianos, haciéndonos participantes hasta de su misma divinidad? ¿No son ellos el único medio de salvarnos del diluvio del pecado, en que naufragó nuestra naturaleza desde la culpa original? ¿No son un efecto de la virtud omnipotente de Jesús estas gracias victoriosas, abundantes y misericordiosas, que nos solicitan, nos mueven, nos inclinan, nos convierten, nos reconcilian con Dios, sin las cuales nada podemos, y con las cuales lo podemos todo en el orden espiritual? ¿Se nos ha dado por ventura otro nombre que el de Jesús, en que podamos ser salvos?

¡Oh admirable piedad de nuestro Salvador! ¡oh bondad inefable!

(1) *Isaí*, c. 1, v. 3.

Tú fuiste el origen de su beneficencia en orden á nosotros. Sus obras todas fueron efecto de su ardiente amor. El reinó siempre en su corazón, en sus labios y en sus manos. Aún necesito de vuestra atención por un momento. Jesús quiere ser glorificado en sus obras, y excitar vuestra gratitud.

Si yo hablase á un pueblo incrédulo de los misterios de Jesucristo, me sería muy fácil presentaros los testimonios más auténticos de la divinidad de su religión y los irrefragables monumentos de su piedad con nosotros. Pero como tengo el honor de predicar á unos oyentes fieles, en cuyo corazón han grabado altamente sus padres las verdades del catolicismo, me creo dispensado de ilustrar por principios la materia. Bastará, pues, traerlos sumariamente á la memoria algunas de sus principales obras, para demostraros la piedad de Jesús.

En efecto ¿qué pudo mover al Verbo eterno á descender sobre la tierra, sin dejar el seno de su Padre, y tomar nuestra mortalidad? Su piedad infinita, que le hizo abreviar los días, para ser Jesús ó Salvador del hombre, á quien miraba como sus delicias. ¿Qué pudo mover á este Dios humanado, siendo más elevado que los cielos, á nacer desconocido, en el mayor abandono, reclinado entre animales en un pobre pesebre? Su inmenso amor al hombre, cuya soberbia y altivez venia á curar á costa de humillaciones. ¿Qué pudo estimularle á padecer frío, sed, hambre, persecuciones y todo género de trabajos, desde su juventud hasta morir crucificado, sin tener dónde reclinar su cabeza, y cubierto de oprobios en un duro leño? Su inefable misericordia, que le hacía mirar la cruz con gozo, por la gloria de ser Jesús ó Salvador del hombre.

Reflexionad sobre todas las palabras que habló durante su vida mortal, y constan de los Evangelios, y veréis cómo respiran piedad y amor á la criatura, y cómo se encaminan todas á dirigirla por las sendas de la justificación. La penitencia, la humildad, la dulzura, el amor á Dios y al prójimo, y las obras de misericordia para conseguir el reino inmortal, son siempre el digno objeto de sus sentencias y discursos. Admirable efecto de su ardiente caridad, que acreditó en todas sus obras con el fin de salvar al hombre.

Su vida, sus trabajos, su pasión, sus milagros, su muerte, su resurrección, sus sacramentos, su gloriosa ascension, la venida del Espíritu Santo, ¿no son otros tantos monumentos auténticos é irrefragables, de que todas las acciones y misterios que obró Jesús, antes y después de subir á la diestra de su eterno Padre, fueron y son efectos de su piedad, de su ardiente amor al linaje humano, y de un deseo sincero de nuestra salud?

¿Qué no podría yo añadir aquí en confirmación de esta verdad, si quisiese referiros el pormenor de los rasgos de su piedad en orden á los pecadores? ¿No aboga incesantemente por ellos ante su Padre celestial, manifestándole las llagas que recibió para salvarlos? ¿No llora por ellos su espíritu divino con gemidos inenarrables? ¿No hace descender sobre nosotros sus dones soberanos y gracias abundantes, que nos excitan á penitencia, y nos confirman en sus divinas promesas?

Todo, señores, conspira á persuadirnos, que el inefable nombre de Jesús es el más digno de nuestras adoraciones, por su excelencia, que encierra la de todo nombre, que se eleva sobre todo nombre, y ante quien se postran los cielos, la tierra y los infiernos; por su virtud que vence al demonio, cura todas nuestras dolencias, y nos prepara los medios de nuestra salvación; por su piedad y clemencia, que siempre animó su corazón, sus manos y sus labios á favor del pecador. Títulos verdaderamente adorables, y que exigen de justicia nuestro reconocimiento y fiel correspondencia.

Sería en efecto roo de la mayor ingratitud el que no se diese por obligado á tantos beneficios. ¡Ah hermanos! los días son breves, la eternidad se acerca y el juicio de Dios llega. Huid con tiempo de la ira futura y del castigo que de todas partes os amenaza. ¿Hasta cuándo, os ruego, seréis duros é incircuncisos de corazón? ¿Cuándo doblaréis vuestra altiva cerviz con sumisión al suave yugo de la religión y de la moral cristiana? ¿Cuándo reconoceréis lo que debéis á Jesús; es decir, ¿cuándo amaréis con toda vuestra alma, vuestra mente y potencias á Jesús, vuestro salvador y redentor, que habiéndoos siempre llevado en su corazón, en sus labios y en sus manos, se dignó amaros hasta el fin, quedando sacramentado entre vosotros hasta la consumación de los siglos? Ofrecedle pues el sacrificio de amor y de alabanza que de justicia exige de vosotros, derramando vuestro corazón en su presencia. ¡Cuán digno es Jesús, este cordero inmaculado, que quita los pecados del mundo, de recibir de todas las naciones el honor, la gloria, la divinidad y la acción de gracias por su excelencia, virtud y piedad!

Vos, ¡oh mi buen Jesús y adorable Salvador! dignaos por vuestra inmensa caridad arrojar en este momento una mirada favorable sobre este pueblo. Congregados en este augusto templo, en el cual presidís en medio de nosotros, os pedimos con lágrimas de compunción, con corazón contrito y humillado, por la exaltación de nuestra fe católica y extirpación de todas las herejías; por la paz y concordia entre los estados y príncipes cristianos; por la conversión de los pecadores á verdadera penitencia, y de todos los infieles, herejes y cismáticos al gre-

mio de nuestra santa Iglesia; por la salud de sus pastores y de nuestros gobernantes; por la remisión en fin de nuestros pecados, para que libres de los obstáculos que pueden retardarnos vuestra gloriosa vista, logremos pronto la dicha de gozar de vos, que con el Padre y el Espíritu Santo vivís y reináis, Dios por todos los siglos de los siglos. *Amén.*

EPIFANÍA

Cum natus esset Jesus in Bethlehém Juda in diebus Herodis Regis.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá en el tiempo que reinaba Herodes.

(S. MATTEO en el c. 2, v. 1)

Hoy, cristiano auditorio, se ven cumplidas las palabras de Simeón, cuando teniendo en sus brazos á Jesús Niño, dijo á María su Madre: este Niño será la ruina y resurrección de muchos: *Eecce positus est hic in ruínam, et in resurrectionem multorum* (1). Los magos que salieron del Oriente para venir á adorar á este divino Salvador, son aquellos para cuya resurrección empieza á manifestarse al mundo; y el impio Herodes, turbado con su venida, y con sola la noticia de su nacimiento, nos manifiesta por el contrario á los otros, para los que ha de ser motivo y ocasión de ruina. Ved, pues, el efecto de lo que el mismo Hijo de Dios dijo á sus discípulos, después del célebre milagro que hizo curando al ciego de nacimiento: *In iudicium veni in hunc mundum, ut qui non vident videant, et qui vident caeci fiant* (2). Yo he venido al mundo para hacer en él un juicio, á consecuencia del cual los ciegos verán, y los que ven se quedarán ciegos. Hoy es cuando este juicio se ve cumplido y se verifica á la letra. Los magos en medio de las tinieblas de la gentilidad son iluminados con las

(1) *Luc.* 2, v. 34. (2) *Juan.* c. 9, v. 39.

más claras luces de la gracia. Herodes, y con él los judíos, se hallan en el centro de la verdadera religión poseídos de una ceguera espantosa. Misterio asombroso, en el que debemos adorar con respeto los consejos de Dios. Y misterio impenetrable, en el que no se nos permite profundizar; pero en el que no obstante he de hallar ocasión y motivo para instruirlos. A este fin, amados oyentes míos, me detengo en las dos primeras consideraciones que se ofrecen á primera vista, y que parece dividen nuestro Evangelio. Por una parte vemos en él á los magos que vienen á buscar á Jesucristo, y por la otra vemos á Herodes que conspira contra Jesucristo. En los magos, vemos representada la idea de la verdadera sabiduría, que consiste en buscar á Dios, y en Herodes vemos la idea de la falsa sabiduría, que consiste en buscarse á sí mismo. En esto es, pues, en lo que me paro y de lo que quiero sacar dos grandes instrucciones, que serán el asunto de este discurso, después que hayamos dicho *Ave María*.

Jamás dió la Providencia al mundo un modelo más perfecto de la verdadera sabiduría, que consiste en buscar y hallar á Dios, que el que nos propone en la persona de los magos. Examinemos todos los caracteres de su fe, en su principio, en sus progresos y en su perfección. En sus principios, esto es, en la prontitud con que se determinan á seguir la vocación divina, que se les manifiesta por la estrella, y en la intrepidez y valor que manifiestan, abandonándolo todo por obedecer á Dios. En sus progresos, esto es, en la constancia de que dan testimonio, cuando se les oculta la estrella, informándose con cuidado del lugar en que ha nacido el Niño que buscan, reconociéndole por Rey de los judíos en medio de Jerusalén, y aun en la misma corte de Herodes, y declarando con una libertad santa, que ellos han venido á rendirle sus veneraciones y respetos. En su perfección, finalmente; esto es, en el admirable discernimiento que hacen de Jesucristo, no escandalizándose del estado pobre y humilde en que le hallan; antes bien, por el contrario, infiriendo de esto mismo, que él es su Salvador, adorándole en espíritu y en verdad, y por los misteriosos presentes que le ofrecen, le dan otras tantas pruebas de su religión, y de estar á él perfectamente sacrificados. Buscad vosotros, amados oyentes míos, con sinceridad y de buena fe á Dios. ¿Queréis saber como se le halla? Ved aquí toda la ciencia y todo el secreto de hallarle. Supuesto el excelente modelo que Dios nos pone á la vista, nuestros errores en el asunto de la salvación no pueden ya tener excusa; y si, no obstante tantas luces, somos tan desgraciados que no hallamos á Dios, y nos perdemos, á nuestra infidelidad,

á nuestra cobardía, á nuestra inconstancia, á nuestros respetos humanos, á nuestro orgullo, á nuestra avaricia, á nuestra inclinación y apego demasiado á los bienes del mundo, y, en fin, á nosotros mismos es á quien debemos imputar nuestra desgracia.

Prontitud en seguir la vocación del cielo. Este fué el primer efecto de la fe de los magos, y el primer rasgo de esta sabiduría excelente, que por una mudanza del todo divina, siendo infieles, los puso en estado de hallar á Dios Salvador. Luego que vieron su estrella, salieron para ir á él: *Vidimus Stellam ejus, et venimus*. Ellos no dudaron, no deliberaron, ni se detuvieron en formar vanos proyectos, ni en hacer grandes preparativos. Atentos sólo á la estrella que les iluminaba, y únicamente ocupados en buscar á aquel que la estrella les anunciaba, se dieron prisa en marchar, y la razón fué, porque estaban ya llenos de aquel espíritu y sabiduría sobrenatural, que conduce y guía á los escogidos de Dios. Luego (como observa San Juan Crisóstomo) buscar á Dios de un modo eficaz y sólido según le busca un alma fiel, no es ponerse á discurrir ni á deliberar, sino á ejecutar y obrar; de lo que se infiere (dice este santo doctor) que cuando se delibera, cuando se consulta y cuando se discurre, aunque se tenga la intención que se tuviere de hallar á Dios, buscándole siempre, ó, por mejor decir, lisonjeándose siempre de hallarle, no se le halla jamás. Ved sobre lo que estubo fundada la prontitud de los magos. Ellos vieron la estrella, y animados con una fe viva, y apresurados con un deseo activo de llegar al término á que los llamaba la estrella, nada escucharon, ni á nada atendieron de cuanto podía detenerles.

Vidimus et venimus. Nosotros hemos visto y hemos venido. Palabras (añade San Juan Crisóstomo) que expresan admirablemente la eficacia y operación de la gracia; pues es cierto, que en el asunto de la salvación todo depende de ciertas circunstancias á que está unida la gracia, ó, por mejor decir, en las que consiste la misma gracia: *Ambulate dum lucem habetis* (1). Caminad (decía el Hijo de Dios) mientras tenéis la luz. Esto es lo que ejecutaron al pie de la letra estos sabios de la gentilidad, que estaban predestinados. Ellos caminan, porque una luz secreta penetra interiormente y mueve sus corazones, al tiempo mismo que un astro anejo brilla exteriormente á sus ojos. Ellos caminan, porque esta duplicada luz les hace conocer el nacimiento de un Dios y de un Salvador; de un Dios, que no contentándose con ser conocido en la Judea, quiere recibir la veneración y respeto de todas las naciones; y de un Salvador, que los ha escogido

(1) *Joan. 12, v. 35.*

y quiere empezar á manifestar en ellos, que no ha venido solamente para Israel, sino para todos los pueblos de la tierra. Ellos caminan, finalmente, y la grande diligencia con que lo ejecutan, es una prueba, tanto de su sabiduría como de la actividad de su celo; ellos se apresuran en buscar su salvación, buscando al Autor de ella, y al que bien presto ha de consumarla: *Vidimus et venimus*.

¡Ah! sigámos esta luz favorable, que ahora nos alumbra; caminemos, no sea que las tinieblas nos alcancen; y no dilatemos para otro tiempo lo que en todos debe tener la preferencia, ó, por mejor decir, lo que siempre debe ser el asunto de nuestra consideración. Prontitud en seguir la voz de Dios, luego que Dios nos la hace oír, es la primera instrucción que nos da el ejemplo de los magos; valor ó intrepidez para vencer todas las dificultades que contra ello se presenten y ocurran, es la segunda.

Para seguir la estrella y para corresponder á la vocación del cielo, los magos se vieron obligados, como Abraham, á dejar y abandonar su país, sus casas, sus familias, y, según la común tradición, sus reinos y sus estados. Ellos debieron hacer desde entonces lo que San Pedro y los apóstoles hicieron después, esto es, debieron dejarlo todo por Jesucristo, y tuvieron derecho para decir los primeros como San Pedro, y aun en algún sentido con más mérito que San Pedro: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus te* (1). Y así su valor en tomar una resolución semejante, su desinterés y heroico desapego, separándose de lo que más querían, experimentando las fatigas é incomodidades de un viaje dilatado, y sacrificando para esto su descanso y comodidad, es lo que yo puedo considerar como el segundo paso de su fe recién nacida, y como una nueva prueba de aquella eminente sabiduría, que les hizo hallar á Jesucristo. Es fácil (dice San Juan Crisóstomo) seguir el movimiento de la gracia, cuando nada cuesta á la naturaleza, y obedecer á la inspiración de Dios, cuando en ello no se encuentra obstáculo alguno de parte del mundo. El mérito de la fe y de la sabiduría cristiana está en renunciar, cuando es necesario, á lo que se ama con más ternera, en dejar sus costumbres, en romper sus lazos, en privarse de las comodidades y delicias de la vida, y en hacerse ciertas violencias, sin las cuales no se llega á conseguir el reino de Dios. Volvamos á nuestro modelo, y veamos los progresos de la fe de los magos.

Llegan á Jersalén, y la estrella que hasta allí les había servido de guía, se les oculta repentinamente por una providencia de Dios

(1) *Matth.* 19, v. 27.

muy particular. ¿Qué no podían pensar? ¿Qué no debían temer? ¿Su fe no pudo vacilar, turbarse y desconcertarse? Pero no, cristianos; la tentación más peligrosa, la prueba más repentina y menos esperada, y el pretexto más especioso que ella les pudo dar para pensar en volverse, nada les hace mudar de resolución. A cualquiera costa que sea, quieren hallar al Dios que buscan. Ellos han visto su estrella, y han sentido el impulso de su gracia, y esto es bastante. Si la estrella no parece más, es un secreto de la Providencia que ellos adoran, pero no toman de él un motivo de escándalo; es una ocasión en que Dios los pone para que le manifiesten su fidelidad, y comprendan que en semejantes ocasiones es necesario sostenerse con la constancia. Sin turbarse, pues, y sin disgustarse, ellos esperarán, del mismo modo que Abraham, contra la esperanza misma; y continuarán su camino, seguros de que Dios los ha llamado, y fiando en que, á falta de la estrella, el mismo Dios les manifestará el camino.

En esto aparece el don de sabiduría, de inteligencia y de consejo de que están llenos; y ved, amados oyentes míos, cómo nuestro Dios se porta todos los días con nosotros. Después de habernos atraído á su servicio, y de habernos empeñado en él, suele retirar por algún tiempo algunas gracias sensibles con que en el principio nos había prevenido. Nosotros no experimentamos ya aquellos secretos movimientos que nos hacían amar su yugo, y nos obligaban á correr, como á David, con una alegría santa por el camino de sus mandamientos. Desamparados de este modo en medio de nuestra carrera, y (para decirlo así) abandonados á nosotros mismos, llegamos á ponernos en un estado de obscuridad, de tinieblas, de seguridad y de disgusto; y Dios entonces, no solamente nos prueba, sino que quiere que nosotros mismos nos probemos. Discurrir de este modo, y á pesar de la falta de complacencia y consuelo interior, seguir siempre el mismo camino y obrar del mismo modo, es, cristianos, en lo que yo reconozco la sabiduría del Evangelio, y lo que no podemos admirar bastantemente en los magos.

No obstante, ¿qué es lo que hacen para suplir la falta de la estrella que no ven ya? Se valen de los medios naturales que la Providencia les suministra. Saben que el Dios que buscan se complace, en efecto, en ser buscado, y que á los que le buscan se descubre y manifiesta con más voluntad. Por esto se informan exactamente del lugar de su nacimiento; por esto recurren á los sacerdotes y doctores de la ley, como á los que suponen más instruidos y más capaces por su carácter de instruirlos; y por esto hablan, por esto consultan, y por esto no se conceden reposo ni descanso alguno. Esta es otra prueba

ha de su sabiduría, de la que es necesario que nos aprovechemos. Porque en cualquier estado de ceguera y de obscuridad que yo caiga, en cualquiera ignorancia de los caminos de Dios que yo pueda tener, y en cualquier desorden en que se halle mi fe, si busco á Dios con sencillez de corazón, seguramente le hallaré. El mismo me lo ha dicho, y su palabra es expresa: *In simplicitate cordis querite illum; quoniam invenitur ab his, qui non tentant illum* (1). Esto es, si le busco sinceramente, y con una intención pura y recta, si le busco con confianza y con perseverancia, es seguro que no quedaré confundido.

Los magos nos enseñan alguna cosa más. ¿Y cuál es? Buscar á Dios con un generoso desprecio de todos los respetos humanos, y con una libertad digna de la santidad de la religión cristiana que profesamos. ¿Hubo jamás un ejemplo semejante? En medio de Jerusalén, y en presencia de Herodes, preguntan: ¿en dónde ha nacido el nuevo rey de los judíos? Sin ningún temor, respeto humano, ni reserva política, publican que han venido á adorarle. Ocupados en este solo pensamiento, no se detienen en las demás consideraciones del mundo que pudieran entibiar su fervor. Que Herodes se ofenda de ello y se turbe; que la sinagoga se escandalice y lo murmure, y que se juzgue y hable de ellos cuanto se quiera; ni la censura de los judíos, ni la malicia de Herodes, ni el temor de ofenderle, ni el riesgo que les amenaza, nada les impedirá el que den á este Salvador y á este Dios que nace, el culto que se le debe. ¿Es así, amado oyente mío, como tú le honras y veneras? ¿Es así como tú practicas las obligaciones de tu religión? Este punto de moral necesitaba un discurso entero; pero le omito, y para hacerlos ver la sabiduría de los magos con toda claridad, paso á lo que yo llamo perfección de su fe.

Entremos con ellos en el establo de Belén; porque, en fin, aquí llegaron los magos después de tantos trabajos y peligros. ¿Qué espectáculo para unos reyes, ver un Niño recostado sobre unas pajas en un pesebre! Pero debajo de estas exterioridades tan viles y despreciables, le conocieron como á su Salvador por medio de aquella su excelente sabiduría, en medio de la pobreza, en la miseria, en la infancia, en la flaqueza y enfermedad, en la humildad y en el abatimiento más profundo. Bien lejos de que este estado en que le hallan altere su fe, se conmueven por ello, y quedan edificados; y penetrando el misterio, descubren bajo de estos oscuros velos al Mesías prometido al mundo. Si hubieran tenido una fe débil é inconstante, el establo, el pesebre y los pañales de este Niño les hubieran causado disgus-

(1) *Sap. 1, v. 1, y 2.*

to; su razón se hubiera rebelado, y su sabiduría entonces del todo mundana les hubiera inspirado el desprecio del Salvador, que se había reducido á tal infelicidad. Hubieran dicho lo que dijeron después los judíos: *Nolumus hunc regnare super nos* (1). No queremos un Señor sin bienes, sin fuerzas, sin poder, sin nombre, y desnudo de todo: que aparezca sobre el trono, que se nos manifieste vestido de gloria y de majestad, y nos sujetaremos á él. De este modo hubieran hablado y pensado. Pero como estaban animados de una fe viva, de una fe perfecta y de una fe divina, juzgan muy de otro modo. Inferen que Jesucristo es rey por sí mismo; esto es, que para hacerse buscar y obedecer como rey, no tiene necesidad alguna de las señales exteriores, ni de los adornos de la pompa humana. Si los demás reyes estuvieran despojados de esto, ¿los rodeara la multitud de criados, y la numerosa corte que llena sus palacios? Es verdad que no está fundada su dignidad real sobre este lucimiento y aparente grandeza; ella procede de Dios, que les ha dado parte de su poder; pero si su dignidad atrae tantos respetos, y si el mundo les rinde tantos honores, es porque está acompañada de un esplendor y de una magnificencia, que se lleva los ojos; pero sin nada de esto, este rey que nuevamente ha nacido, se hace respetar y honrar de los reyes mismos. Inferen que es rey de los espíritus y de los corazones, pues tan milagrosamente les ha ilustrado, inspirado y movido. Los mayores reyes de la tierra no tienen este poder; ellos reinan sobre nosotros, dice San Jerónimo; pero Jesucristo reina en nosotros, y nadie puede sino él insinuarse en las almas como quiere, y hacer en ellas la impresión que quiere. Inferen que es rey universal, rey del cielo, pues en él hace nacer y lucir un nuevo astro; y rey de la tierra, donde hace sentir su soberanía y su presencia aun á las naciones más remotas; rey de los judíos y de los gentiles, y de todos los estados y condiciones, pues de todos los estados y condiciones ha llamado á sí, á los grandes y á los pequeños. Esto es, digo, lo que una sabiduría del todo celestial les hace conocer; y con la misma sabiduría y la misma fe, cualquier alma que por una correspondencia sincera, y por un entero sacrificio se une desde hoy á este Salvador, y le vuelve á hallar, le dice como aquellos dichosos magos (porque yo no puedo dudar, que sería éste su sentimiento) *Rex Regum, et Dominus dominantium* (2). Vos sois el rey de los reyes y el Señor de los señores; y vos lo seréis mío con particularidad. Vos reinaréis en mi corazón, y sobre mi corazón; Vos sólo reinaréis en él, y Vos sólo arreglaréis todos sus deseos, todas sus

(1) *Luc. 19, v. 14.* (2) *Apoc. 19, v. 16.*

intenciones y todos sus designios. Así lo pensaron los magos, y así, amados oyentes míos, debéis decirlo vosotros, y mucho más bien pensarlo.

No contentos con adorar á Jesucristo como al soberano monarca del mundo, le adoran como á su Dios. No contentos con darle un culto exterior postrándose delante de él, *Et procedentes*, le dan también un culto interior, y le adoran en espíritu y en verdad: *Adoraverunt eum*. Pues éste fué un culto religioso, y para serlo debe salir del corazón. ¿Cuántos falsos adoradores hay en la cristiandad? El verdadero Dios es el que adoran, pero sin adorarle como el verdadero Dios debe ser adorado; y la razón es, porque le adoran de ceremonia, y por no sé qué exterioridades á que no quieren faltar; pero su corazón tiene en otra parte todos sus pensamientos y todos sus votos; esto es, son cristianos en la apariencia, pero en efecto no lo son como empezaron los magos á serlo.

Además de adorar los magos á Jesucristo, le presentan también sus dones; y siguiendo la explicación de los padres y expositores, ¿cuántos misterios se encierran en los tres dones que le hacen? Todo cuanto es Jesucristo está expresado en ellos de un modo sensible; su divinidad, su humanidad y su soberanía. Su divinidad, en el incienso, que no se debe dar sino á Dios; su humanidad, en la mirra, que servía para embalsamar y conservar los cuerpos; y, en fin, su soberanía en el oro, que es el tributo común que pagamos á los príncipes y monarcas. Estas grandes consideraciones debieron á una sabiduría superior á toda la sabiduría del siglo; y entonces pudo decir el Salvador de los hombres, que no había hallado tanta fe en todo Israel: *Non inveni tantam fidem in Israel* (1). En efecto, (pregunta San Agustín) ¿qué debemos admirar más, la fe de los magos ó la ceguedad é infidelidad de los judíos? Los judíos tenían en medio de ellos al Mesías, y no le conocían: los magos estaban distantes, y no obstante la mucha distancia de los lugares, vienen á buscarle á la Judea, y tienen la felicidad de hallarle. Los judíos le renunciaron, aunque había nacido en su país; y los magos, aunque extranjeros, le adoraron. Los judíos poco después le crucificaron, aun cuando obraba los mayores milagros; y los magos, aun siendo Niño, se le ofrecen y se rinden á él, cuando aún no estaba en estado de hablar una palabra. Ellos le vieron sobre las pajas, reducido á la condición más vil de los hombres, y no obstante se humillaron delante de él, como delante de un Dios; y aquéllos, testigos de las mayores maravillas que obró, aun-

(1) *Math.* 8, v. 10.

que le vieron obrar como Dios, no observaron con él las obligaciones de justicia y de caridad, que no se pueden sin culpa negar á un hombre. Señal evidente (dice San Agustín), pero efecto terrible de su obstinación.

¿Qué es ahora la fe de los cristianos? ¿Aquella fe tan pura, tan firme, tan generosa y tan activa en los magos, pero en nosotros tan tibia, tan perezosa, y tan lenta, tan estéril y tan vacía de todas las obras que deben acompañarla, y que la vivifican delante de Dios? Volvamos á animar nuestra fe, y sigámosla: ella es nuestra guía y nuestra estrella; no la perdamos jamás de vista. Caminemos á Dios, y no caminemos á él con las manos vacías. El incienso que le debemos ofrecer, es (según la explicación de San Gregorio) el fervor de nuestras oraciones; la mirra que debemos tributarle, es (según el pensamiento del mismo padre) la mortificación de nuestros cuerpos y la austeridad de la penitencia, y el oro que espera de nosotros, son nuestras buenas obras. De este modo le hallaremos nosotros como los magos; y, como he dicho, éste es el fin y objeto de la sólida sabiduría de los escogidos. Veamos ahora, en el ejemplo de Herodes, cuál es la ciega sabiduría de los ímpios y réprobos.

Es oráculo del apóstol, y de consiguiente un oráculo de eterna verdad, que la sabiduría de este mundo es enemiga de Dios. Pero, así como la sabiduría mundana es enemiga de Dios, del mismo modo es Dios enemigo de ella; el mismo Señor se declara así por uno de sus profetas: *Perdam sapientiam sapientium* (1). Yo confundiré la prudencia de los prudentes del siglo. Ved (dice San Juan Crisóstomo) los dos caracteres de esta falsa sabiduría que reina entre los ímpios, y es el principio de su conducta. Ella se levanta contra Dios, y Dios la confunde; hace guerra á Dios, y Dios la reprueba; ella quisiera destruir á Dios, y Dios la destruye y aniquila.

En efecto, si la sabiduría del mundo es enemiga de Dios, Dios no es menos enemigo de ella, y aquí es, cristianos, donde os pido que pongáis una atención particular. ¿Qué hace Jesucristo, cuando nace, para confundir la infeliz política de Herodes? En primer lugar, la turba: *Audiens autem Herodes Rex, turbatus est*. Este Dios de paz que venía á pacificar el mundo, empieza á aparecer en él el asombro y el terror; ¿pero cómo? Ved la maravilla: con sólo su nombre, con la noticia de su venida, y con la duda de si ha nacido. Cosa extraña es (dice San Juan Crisóstomo). Jesucristo aún no se ha manifestado, aún no ha hecho milagros, aún no ha salido del establo de Belén; es

(1) *1. Cor.* 1, v. 19, ex *Isaí.* 19, v. 14.

un Niño puesto en un pesebre, que flora y padece, y, no obstante, Herodes está ya desconcertado: vedle ya combatido de sospechas y temores: *Audient autem Herodes Rex, turbatus est.*

Además, católicos, el Hijo de Dios no solamente turba desde que nace la política y falsa sabiduría del mundo, la hace también odiosa. Herodes, como perseguidor de Jesucristo, llegó á ser el horror del género humano. Él lo sacrificó todo á su ambición; pero su memoria está llena de abominación. Nada perdonó por satisfacer la pasión que tenía de reinar; pero, por lo mismo, su reinado (según refieren los historiadores profanos), fué un reinado monstruoso. Creyó que para estar seguro tenía que derramar aquella sangre; pero aquella sangre derramada clamará eternamente contra él, y Dios hasta el fin de los siglos vengará aquella sangre inocente, con haber impreso en el nombre solo de Herodes un carácter de ignominia que no se borrará jamás. Inevitable destino del sabio mundano hacerse odioso, á pesar suyo, cuando él más mira por sí. ¿Qué cosa hay más odiosa en el mundo que un hombre interesado, ambicioso y envidioso?

Por más que Herodes buscaba al rey de los judíos, no le halló; por más artificios que usó, disimulando con los magos para que volvieran á darle noticias, los magos tomaron otro camino, y no volvieron más á Jerusalén. Por más destrozo y víctimas que hizo entre los niños que había en las cercanías de Belén, el que buscaba no fué comprendido en ellos. El degollará mil por uno solo, y este solo de quien quiere asegurarse, será el que se libre y defienda; y la razón es, porque está escrito que no hay consejo ni prudencia contra el Señor: *Non est prudentia, non est consilium contra Dominum* (1).

En fin, viniendo al mundo el Salvador, hace servir á los designios de Dios la política del mundo, á pesar de ella. Observad cómo. Era necesario que el nacimiento de Jesucristo se publicara y extendiera; y la violencia y tiranía de Herodes le hizo público. Quería oscurecer el nombre de este nuevo rey de Israel, y él mismo le da á conocer. Quería que no se tomase en boca; y el medio que para esto toma, es justamente el más propio para que no se hable de otra cosa en todo el mundo y por todos los siglos. En efecto, ¡qué confusión y qué alboroto! ¡Qué movimientos tan varios y qué espanto tan grande, cuando tantas víctimas inocentes se arrancan sin piedad del seno de sus madres y se sacrifican á su vista! ¡Qué clamores confusos y qué gemidos no se oyen por todas partes! *Vox in Rama audita est, ploratus, et ululatus multus* (2). ¿Y era posible que una acción

(1) *Prov.* 21, v. 30. (2) *Matth.* 2, v. 18.

tan ruidosa estuviese oculta? ¿Era posible que de la Judea no pasase bien presto la noticia á los pueblos y países inmediatos, y de éstos á las naciones más remotas? ¿Era posible que no quisieran todos saber el motivo, y que no tuvieran cuidado de averiguarlo bien? Y, de consiguiente, ¿no era bastante motivo para hacer célebre á Jesucristo, y para hacer admirar su poder, cuando se sabía que magos y reyes habían venido á adorarle, que Herodes había tenido celos de ello, que con el exceso de su furor y enojo había hecho los esfuerzos para perder aquel Niño; y que, no obstante todos sus proyectos y actividad, aquel Niño sin armas y sin defensa, había sabido libertarse de sus golpes y malas intenciones? ¡Oh sabiduría adorable de mi Dios! Así os burláis de la sabiduría de los hombres cuando ésta se rebela contra Vos, y así os valéis para que se cumplan vuestros inmutables decretos, de aquello mismo que, según nuestras cortas y débiles luces, debería estorbarlos. Así también se verifica aquella amenaza que nos habéis hecho por boca de vuestro Apóstol: *Perdam sapientiam sapientium, et prudentiam prudentium reprobo* (1). Yo destruiré la sabiduría de los sabios del siglo, y yo la reprobaré. ¿Cuántas pruebas de ello tenemos en las pasadas edades, y cuántas tenemos aun en la nuestra? ¿Cuántas veces el impío (según el lenguaje de la Escritura), ha visto caer sobre sí su impedida misma, y cuántas veces se ha hallado, por una disposición secreta de la Providencia, cogido en el mismo lazo en que quería que cayesen los otros?

Renunciemos, amados oyentes míos, y renunciemos para siempre, pero de buena fe y con sinceridad, esta sabiduría reprobada que se busca y se ama á sí misma, y nada más quiere ni busca que á sí propia. Buscándonos á nosotros mismos, nos perdemos. Yo me engaño, y he dicho mal en lo que digo: buscándonos á nosotros mismos, nos hallaremos; pero la mayor de todas nuestras desgracias, es hallarnos á nosotros mismos; porque hallándonos, no podemos hallar otra cosa más que lo que somos; esto es, confusión, desorden, miseria y culpa. Busquemos á Dios, y sin pensar en nosotros nos hallaremos santa, segura y dichosamente en Dios. Busquemos á Dios, y desde esta vida hallaremos nuestro soberano bien, que no puede hallarse sino en Dios. Y porque Dios no puede hallarse desde ahora sino en Jesucristo, á ejemplo de los magos, para hallar á Dios busquemos á Jesucristo. Y pues ni al mismo Jesucristo se puede hallar sino en los estados á que ha querido reducirse para servirnos de modelo, no le busquemos en otra parte; esto es, puesto que á Jesucristo no se le puede

(1) *Cor.* 1, v. 15.

hallar sino por el camino de una humildad sincera, de una obediencia fiel, y de una renuncia verdadera del mundo, no le busquemos por otros caminos sino por éstos. Esta es la ciencia que nos ilustrará, que nos santificará y que hará de nosotros hombres perfectos en la tierra y bienaventurados en el cielo.

LA ADORACIÓN DE LOS REYES

Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, dicentes: ubi est qui natus est rex judaeorum?

Vinieron los Magos de Oriente á Jerusalem, diciendo: ¿dónde está el que ha nacido rey de los judíos?

(MATEO, c. 2, v. 2.)

Mucho quisiera, amados oyentes míos, hallarme con la ciencia suficiente, para explanar como se merece el asunto de la festividad que hoy celebra la Iglesia, poseyendo la elocuencia y la sabiduría de un San Jerónimo, ó alguno de esos patriarcas fundadores de las religiones regulares, que con el poder de su palabra y la unción que les prestaba la divina inspiración, arrancaban la convicción de cuantos los escuchaban, aumentando el número de fieles servidores del Señor. Pero si no me es dado poseer sus altas dotes, puedo poseer su intención, y procurar haceros comprender el suceso, cuyo aniversario celebramos, supliendo con ella la parte que me falte de su sabiduría y elocuencia.

Los acontecimientos de que tratan las Escrituras del antiguo y nuevo Testamento, y en especial los que se refieren á nuestro Señor Jesucristo, tienen un sentido material y un sentido moral. En el primero está sólo la simple exposición de un hecho histórico, ó de alguna acción rara y distinguida; y en el segundo está embebida siempre una lección moral puesta en relación mística con los sucesos

pasados, presentes ó futuros, que miran al culto debido á Dios y á las resoluciones de su justicia.

Entre estos sucesos llama muy especialmente la atención el de la adoración de los reyes magos, tanto en su parte material, como en la parte moral y mística; por eso la Iglesia lo celebra con tanta pompa, y entre los fieles suele ser tenido por tan grande como el del nacimiento del Hijo de Dios.

Asunto de esta naturaleza bien merecería ser celebrado por otro sacerdote más digno que el que ocupa esta cátedra; pero empeñado en llenarlo como sea posible á mis cortas facultades, me servirá de auxilio la atención y buena voluntad con que me escuchéis, en la inteligencia de que no voy á ser más que el intérprete de las doctrinas que sobre él nos enseña nuestra madre la Iglesia, ya en el Evangelio, ya en las exposiciones de los santos padres que lo han ilustrado. Os referiré el hecho material en sí; os explicaré su significación, y de uno y otro inferiré la doctrina sublime que en sí encierra y la necesidad de que todos adoremos, como lo merece, al Dios del cielo y de la tierra, según lo hace el santo rey David en las palabras de uno de sus salmos: *Adoremus Dominum qui fecit nos*; adoremos al Señor que nos ha criado.

Y para hacerlo dignamente, imploremos la gracia de su divina Madre, la cual á la manera que consiguió por su ruego que Jesucristo convirtiese en vino las vasijas llenas de agua en las bodas de Caná, conseguirá que me preste su divina gracia, para cumplir dignamente mi misión en este día. Con este objeto espero que uniendo vuestras súplicas á las mías, nos postremos juntos de rodillas, y la saludemos con el ángel, diciendo: *Ave Maria*.

El suceso, cuyo aniversario celebra la Iglesia en la festividad de hoy, es de aquellos, que ya sean considerados en la parte material, ya en la parte mística, indica una religiosidad y bondad de carácter, que hacen á los reyes magos, Melchor, Gaspar y Baltasar, unos varones dignos de consideración y de respeto.

Luego que nació Jesús, apareció en la Arabia, que está al Oriente de Judea, una estrella, que llamando la atención de los reyes magos ó sabios, que habitaban en aquel país, determinaron cada uno de por sí seguirla, movidos de divina inspiración.

Para mejor entender la venida de estos tres reyes magos ó sabios, es preciso tener presente que el territorio de Asia, en aquella parte conocida del imperio romano, estaba dividida en pequeños principados, ya con el nombre de reinos, ya con el de tetrarquías, ya con el